

La obra de Dios en dos instantáneas.



Salta evidente entre la primera y la segunda fotos ilustrativas de este comentario que han transcurrido dieciséis años. La más antigua es la inauguración de la casa donde se establecieron por primera vez en Cuba las Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia, en uno de los barrios de la ciudad de Cienfuegos, de esos que reúnen todas las condiciones para ser llamados “periféricos” en cualquier latitud de nuestro planeta. La segunda es la despedida ofrecida a las hermanas por esa misma comunidad parroquial, con la participación de muchísimas personas de la barriada sin vínculo con la Iglesia, convocadas espontáneamente por un sentimiento de cariñosa deuda acumulado durante lustros de experimentar con ellas una sencilla convivencia, de recibir de ellas muestras sinceras de cálida cercanía a todos, en fin, de comprobar cuantiosos testimonios de amor a lo San Pablo, sin pavoneos, sin ofender, sin irritarse (a pesar de nuestras características de convecinos difíciles), sin tomar en cuenta el mal; y alegrándose mucho de la verdad (consecuentes con su carisma dominicano). Lo invisible, lo difícil por aquello de que *tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda*, es poner en imágenes lo que pasó entre ambas instantáneas: la verdadera, profunda, e invisible obra de Dios.

Al interior de la comunidad promovieron un crecimiento que nos convirtió en “comunidad viva y dinámica” (parafraseando al Obispo de Cienfuegos que les dio la bienvenida). Para ello potenciaron abiertamente, sin aprensiones ni cortapisas dogmáticas, las capacidades de los laicos en cada ministerio pastoral, asunto todavía muy pendiente en nuestra Iglesia doméstica. De cara a los habitantes del barrio en general, ellas fueron una palabra de alegría creíble, manifestada con una vida convincente en medio de la desesperanza y apatía generalizada de los cubanos de hoy; un testimonio convertido en verdadero y eficaz antídoto al ateísmo agresivo oficial sostenido hasta nuestros días. En la búsqueda del prójimo anunciaron una palabra de aliento a muchas personas enfermas o necesitadas (más de las que humanamente ellas podían, indicio de la inspiración divina de su labor), que en muy oportunas circunstancias acompañaron de una ayuda material, muestra de tener el corazón en las alturas, pero los pies bien firmes en el suelo por donde peregrinaban. Todos estos signos de caridad evangélica los hicieron llamando a cada uno por su nombre, dignificando su persona, aleccionando calladamente a muchos corazones cubanos, endurecidos para la práctica de la fraternidad por el dogma oficial estableciendo que la atención al ser humano es asunto exclusivo del Estado.

Más a lo profundo de cada familia a donde llegaron, en ese sitio donde a las personas sencillamente se les quiere por lo que son, no por religiosas o por cualquiera de las vocaciones de vida que hayan escogido, allí quedaron niños que les fueron entregados con confianza para hacerlos crecer en la fe, a contrapelo del único sistema educativo existente en Cuba, deficiente en la promoción de muchos valores humanos. Esos niños y niñas hoy, a su vez, tienen hijos (de ahí la foto que escogí para ilustrar la despedida), a quienes contarán cuando pasen los años sobre unas “monjitas canarias” que llegaron al barrio una vez para quedarse en nuestro recuerdo agradecido.

Esa, la transmisión de los mejores valores de la fe en combate “cuerpo a cuerpo”, la permanencia de Dios entre nosotros en las nuevas generaciones, esa, repito, es la verdadera obra de Dios hecha a través de estas “monjitas”.

Esta labor no cabe en dos instantáneas.

Ing. Eloy Viera Moreno
Cienfuegos, 13 de marzo de 2017.